**ANTOLOGÍA DE MICRORRELATOS**

<http://www.slideshare.net/lcalleja08/microrrelatos1>

**[Slideshare Taller de microrrelatos]**

[1]

Se venden zapatos de niño. Sin estrenar.

Ernest Hemingway

[2]

Cuando despertó, el dinosaurio todavía seguía allí.

Augusto Monterroso, “El dinosaurio” (en Obras completas (y otros cuentos), 1959)

3]

Todas las mañanas llego a la oficina, me siento, enciendo la lámpara, abro el portafolio y, antes de comenzar la tarea diaria, escribo una línea en la larga carta donde, desde hace catorce años, explico minuciosamente las razones de mi suicidio.

Luis Mateo Díez, “La carta” (en *Los males menores*, 1993)

[4]

En una ciudad actual la distancia más corta entre dos puntos no es la recta: es el zigzag que nos evita los semáforos.

René Avilés Fabila, “Euclideana” (en *Fantasías de carrusel*, 1969-1994)

[5]

Mi madre me ajusta el cuello del abrigo, no porque empieza a nevar, sino para que empiece a nevar.

César Vallejo, [Sin título] (en la antología de Clara Obligado, *Por favor, sea breve*

[6]

[6bis]

Colocar la cantidad de rencor que se estime conveniente al fuego. Echar sal en las diferencias y rozaduras. Cuando hierva, añadir la rabia. Revolver de vez en cuando; el tiempo de cocción varía a cantidad o deseo. Servir caliente y condimentar al gusto.

Paula Alonso, “Rabiolis” (El País Semanal, concurso de “Microrrelatos de verano”, 2008)

[7]

a) Salió por la puerta y de mi vida, llevándose con ella mi amor y su larga cabellera negra

[Guillermo Cabrera Infante]

d) El respetable clamaba; la gente pedía sangre. Azuzado por los banderillazos del miedo, el animal embestía, ciego de ira, persiguiendo trapos coloridos, hasta que, por fin, inclinó la cabeza y, con la vista velada en rojo, recibió la estocada... en forma de biografía. Su estupidez lo había consagrado.

[José Ángel Mañas, “Metáfora taurina”]

[8]

Jacobo pasó de puntillas por la vida. Su existencia fue un breve excurso[[1]](#footnote-1) sin más eco que unos vagos recuerdos, a menudo contradictorios, y quizá por ello falsos, en los que le rodearon. Sus compañeros de colegio no guardan memoria suya: aunque las listas de clase revelan que un Jacobo estudió con ellos, ninguno puede identificarlo en las pocas fotos que se conservan de esa época. Sus padres tampoco ofrecen mucha información: si bien también poseen algunas fotos que atestiguan la presencia de Jacobo, su principal recuerdo tiene que ver con los sustos que se daban cuando veían aparecer por la puerta a un desconocido que se empeñaba en llamarlos papá y mamá. Pero se muestran incapaces de rememorar nada más, quizá también porque Jacobo tuvo tres hermanos y los recuerdos se mezclan (preguntados sus hermanos, no son de gran ayuda: siempre pensaron que Jacobo era el hijo de unos vecinos). Tampoco dejó huella en su paso por la Universidad, de donde salió convertido en ingeniero agrónomo, como atestigua el título que cuelga de una de las paredes de su casa. De su madurez poco o nada se sabe. La muerte lo sorprendió hace un mes, pero ninguno de sus vecinos se apercibió de ello hasta que el olor a descomposición inundó el edificio: todos pensaban que el piso de Jacobo estaba vacío desde hacía años. Lo encontraron frente a un espejo agarrando con ambas manos un cuadro. Según indica una plaquita clavada en el marco, la pintura se titula “Autorretrato”. Pero en ella Jacobo no aparece.

David Roas, “Menos que cero” (en *Horrores cotidianos*, 2007)

[9]

El día de mi cumpleaños, mi sobrina me regaló un bonsái y un libro de instrucciones para cuidarlo. Coloqué el bonsái en la galería, con los demás tiestos, y conseguí que floreciese. En otoño aparecieron entre la tierra unos diminutos insectos blancos, pero no parecían perjudicar al bonsái. En primavera, una mañana, a la hora de regar, me pareció vislumbrar algo que revoloteaba entre las hojitas. Con paciencia y una lupa, acabé descubriendo que se trataba de un pájaro minúsculo. En poco tiempo el bonsái se llenó de pájaros, que se alimentaban de los insectos. A finales de verano, escondida entre las raíces del bonsái, encontré una mujercita desnuda. Espiándola con sigilo, supe que comía los huevos de los nidos. Ahora vivo con ella, y hemos ideado el modo de cazar los pájaros. Al parecer, nadie en casa sabe dónde estoy. Mi sobrina, muy triste por mi ausencia, cuida mis plantas como un homenaje al desaparecido. En uno de los tiestos, a lo lejos, hoy me ha parecido ver la figura de un mamut.

José María Merino, “Ecosistema” (en *Días imaginarios*, 2002)

[10]

La fiesta estaba saliendo tan bien que no sabía cómo decirles que no me iba a suicidar. La felicidad se podía leer en los ojos de todos mis familiares, aun cuando eran conscientes de que ese día yo debía morir. Incluso había venido el primo Braulio, como perdonándome lo mal que se lo hice pasar cuando éramos niños. Fotografías, regalos (no para mí, claro, hubiera sido estúpido), abrazos, botellas de champán abriéndose sin cesar. No recuerdo un momento semejante junto a mi familia. Ni siquiera en Navidad. Lamentaba defraudarlos, pero aquel ambiente tan relajado, ver a todos juntos pasándolo bien, me hizo cambiar de idea. Al principio lo había tenido claro. Todavía resuenan en mis oídos las palabras del médico: enfermedad incurable, tres meses de vida, dolores insoportables... El suicidio me evitaría la angustia de la cuenta atrás y el sufrimiento físico. Mi familia lo entendió perfectamente. La idea de la fiesta fue de mi padre. Mi madre se encargó de preparar todos los detalles de mi entierro (el ataúd es precioso, hija mía, me dijo feliz).No pude esperar a que acabara la fiesta para decírselo. No me parecía justo. Y como había supuesto, todos se enfadaron. Más aún, empezaron a insultarme (siempre has sido una malcriada, nunca acabas nada de lo que empiezas...). Y de los insultos (las muchas botellas de champán, imagino), pasaron a los golpes. El último me lo dio el primo Braulio, en cuyos ojos me pareció adivinar un leve destello de venganza. Mamá tenía razón: el ataúd es precioso. Y muy cómodo.

David Roas, “Celebración en familia” (en *Distorsiones*, en prensa)

[11]

EL FINAL

El profesor Jones había trabajado en la teoría del tiempo a lo largo de muchos años. -Y he encontrado la ecuación clave –dijo un buen día a su hija-. El tiempo es un campo. La máquina que he fabricado puede manipular, e incluso invertir, dicho campo. Apretando un botón mientras hablaba, dijo:-Esto hará retroceder el tiempo el retroceder hará esto –dijo, hablaba mientras botón un apretando.-Campo dicho, invertir incluso e, manipular puede fabricado he que máquina la. Campo un es tiempo el. –Hija su a día buen un dijo-. Clave ecuación la encontrado he y. Años muchos de largo lo a tiempo del teoría la en trabajado había Jones profesor el.

Final el

Fredric Brown, “El final” (orig. en Nightmares and Geezenstacks, 1961)

[12]

El cajero de un taller metalúrgico se ha casado con una mujer ocho o nueve años mayor que él. Poco después de la boda comienzan las peleas. Los dos se duermen y despiertan con una animadversión sin límites. Finalmente, la mujer enferma gravemente, lo que sin duda tiene que ver con su falta de hijos; se cura una y otra vez, pero de pronto pierde el uso de la palabra, sólo puede hacerse entender con las manos y en casa lo escribe todo en hojas de calendarios: “Quiero irme”, por ejemplo; o “Hace buen tiempo fuera”. Aborrece que tengan compasión de ella. Finalmente, padece dolores en las piernas y se vuelve completamente rígida. Hay que llevarla en una silla de ruedas. Acecha junto a la ventana. Cuando su marido vuelve a casa, él tiene que sacarla de paseo. Siempre el mismo trayecto. Cada vez más lejos. Ella lo amenaza con el puño cerrado. Cada vez está más hambrienta de nuevas casas, nuevos árboles, nuevas gentes. Desde su manta de invierno mira a lo lejos, entre los árboles de la alameda. Una tarde, mientras la empuja ante sí por el borde del camino, él da la vuelta al carrito y lo vuelca sobre el abismo. Ella no puede gritar. El carrito metálico se despedaza. Él sueña esa escena. Sin embargo, piensa, hará algo así con ella.

Thomas Bernhard, [El cajero] (en *Ereignisse*, 1957)

[14]

La niña llegó en el barco de carga. Tenía la naricilla gorda, hinchada, y los ojos de otro color que los suyos. En el pecho le habían puesto una tarjeta que decía: “Sabe hablar algunas palabras en español. Quizá alguien español la quiera”.

La quiso un español y se la llevó a su casa. Tenía mujer y seis hijos, tres nenas y tres niños.

–¿Y qué sabes decir en español, vamos a ver?

La niña miraba al suelo.

 –¿Ser nice? –Y todos se reían–. Me custa el socolate –Y todos se burlaban.

La niña cayó enferma. “No tiene nada”, decía el médico. Pero se estaba muriendo. Una madrugada, cuando todos estaban dormidos y algunos roncando, la niña se sintió morir. Y dijo:

–Me muero. ¿Está bien dicho?

Pero nadie la oyó decir eso. Ni ninguna cosa más. Porque al amanecer la encontraron muda, muerta en español.

[16]

Cuarto día de vacaciones en Galicia y las cosas han empezado a tomar un extraño cariz. Algunos dirán que es una simple coincidencia, pero no deja de ser sorprendente que en los tres hoteles en los que hemos dormido (Ribadeo, Lugo y Muxía) nos hayan dado la habitación 201. Como queriendo quitarle importancia, Marta dice que parece una situación sacada de una novela de Paul Auster. O de Vila-Matas, apunto yo. Demasiado azar. Decidimos pasar la cuarta noche en Santiago. Tras varias llamadas infructuosas, conseguimos una habitación en un hotel del centro. Dedicamos el día a recorrer la Costa da Morte y llegamos a nuestro destino a las diez de la noche. Sé que parecerá imposible, pero nos dan la 201. Si en las ocasiones anteriores la coincidencia nos hizo reír, ahora la casualidad resulta excesiva. E inquietante. Inventamos una tonta excusa y pedimos otra habitación. Pero –no podía ser de otra forma- ésa es la única que les queda libre. Nos miramos en silencio. Ambos sabemos que no hay otra opción: es tarde, estamos muy cansados y en estas fechas no va a ser tan fácil encontrar otro hotel. Y dormir en el coche está descartado. Aceptamos la 201. Subimos en silencio. Meto la llave en la cerradura y abro la puerta con un escalofrío. Marta aprieta mi mano. Con un rápido movimiento enciendo la luz y miro a ambos lados, esperando que suceda lo inevitable. Pero no ocurre nada. Todo es absolutamente normal. Maldita realidad.

David Roas, “Demasiada literatura” (en *Distorsiones*, en prensa)

[17]

Tardaban en abrir la puerta. Verificó que el número del departamento fuera el correcto. Tantas veces había estado frente a una casa equivocada o acudido a una cita el día después que más le valía confirmar. Sonrió acordándose de los tropiezos de su mente. De niña olvidaba los suéteres en la banca del colegio, de jovencita las gafas, los nombres de los maestros y los cumpleaños de los novios. El despiste había crecido con la edad. Un día regresó a casa en autobús, su marido sorprendido por la tardanza le preguntó por el auto: lo había dejado estacionado frente al trabajo. Repetidas veces trató de subirse a un coche ajeno y forcejeó con la cerradura hasta que el dueño la sorprendió. Nadie abría la puerta. Se asomó por las ventanas. Las persianas cerradas sólo enseñaban la capa de polvo sobre el esmalte. Se hizo de noche. Las campanadas de la iglesia a lo lejos la aclararon. Había olvidado su propia muerte.

Mónica Lavín, “Despistada” (en *Retazos*, 1996)

[18]

-¿Lugar?

-De la Mancha

-¿Nombre?-No quiero acordarme.

-¿Por qué?

-No sé. No quiero.

-¿Apellido?

-Hidalgo.

-¿De cuáles?

-De los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...

-Gracias, eso es todo.-

...una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches...

-¡Basta! ¡Basta

!-...algún palomino de añadidura los domingos...

-¡Basta! ¡BAS-TA! Que siga el próximo caballero.

José Cardona López, “Que trata de la indagatoria al ingenioso caballero don Miguel” (en *Siete y tres nueve*, 2003)

[19]

El amanecer los alcanza en plena discusión. Los ánimos están algo exaltados.

El escéptico- Sigo pensando que te lo inventas. El otro lado no existe. Son cuentos de viejas para asustar a los niños y a los imbéciles.

El creyente- Y yo te digo que los he visto. Una vez, fugazmente. Pero son horribles. Nada nos une a ellos....

El asustadizo- Basta. No quiero seguir escuchándoos. Esas son cosas con las que no hay que jugar.

El incauto- Pues yo he leído que es posible comunicarse con ellos. Podríamos probarlo...

Un ruido llega desde el pasillo. Todos se desvanecen en el aire.

David Roas, “Más allá” (en *Distorsiones*, en prensa)

[20]

Se encontraba en medio del tribunal, todas las miradas de los jueces clavadas negramente en él. Esperaba la sentencia. –Lo condeno a vivir para siempre –dijo uno de los esqueletos.

Gabriel Jiménez Emán, “El juicio” (en *Los dientes de Raquel*, 1993)

[23]

El ángel de la guarda le susurra a Fabián, por detrás del hombro:-¡Cuidado, Fabián! Está dispuesto que mueras en cuanto pronuncies la palabra zangolotino.-¿Zangolotino? –pregunta Fabián, azorado. Y muere.

Enrique Anderson Imbert, “Tabú” (en Las pruebas del caos, 1946)

[28]

¡Ay, José, así no se puede!¡Ay, José, así no sé!¡Ay, José, así no!¡Ay, José, así!¡Ay, José!¡Ay!

Guillermo Cabrera Infante, “Canción cubana” (en *Exorcismos de esti(l)o*, 1976)

[29]

Sancho Panza, quien, por lo demás, nunca se había vanagloriado de ello, consiguió después de muchos años, en las horas nocturnas, mediante la lectura de una gran cantidad de novelas de caballerías y bandidos, apartar de sí de tal modo a su demonio, al que posteriormente bautizó con el nombre de Don Quijote, que éste se dedicó a realizar las acciones más locas y absurdas, las cuales, al carecer de un objeto predeterminado, pues éste tendría que haber sido Sancho Panza, no causaron daño a nadie. Sancho Panza, un hombre libre, siguió indiferente, tal vez sólo por cierto sentimiento de responsabilidad, a Don Quijote en sus aventuras y sobre ello sostuvo una gran y útil conversación hasta su final.

Franz Kafka, “La verdad sobre Sancho Panza” (1917)

[30]

Cuando despertó, el cobrador de la luz todavía estaba allí.

David Roas, “*Horrores cotidianos* (La primera versión que escribió Augusto Monterroso)” (en Horrores cotidianos, 2007)

[31]

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra. Fue fusilada. Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque. Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

Augusto Monterroso, “La oveja negra” (en *La oveja negra y demás fábulas*, 1969)

[33]

Mi hermano Alberto cayó al pozo cuando tenía cinco años. Fue una de esas tragedias familiares que solo alivian el tiempo y la circunstancia de la familia numerosa. Veinte años después mi hermano Eloy sacaba agua un día de aquel pozo al que nadie jamás había vuelto a asomarse. En el caldero descubrió una pequeña botella con un papel en el interior. “Este es un mundo como otro cualquiera”, decía el mensaje.

Luis Mateo Díez, “El pozo” (en *Los males menores*, 1993)

[34]

Colgada del techo, había una escueta bombilla encendida al fondo del pasillo, lo que me permitió atravesarlo sin hacer ruido, directamente al cuarto de mi joven cuñada. Después caí en la cuenta de que en el pueblo no había luz eléctrica. Que mi cuñada se hubiera muerto hacía muchos años, era ya lo de menos.

Luciano G. Egido, “Amor nocturno” (en *Cuentos del lejano Oeste*, 2003)

[35]

Enciendo un pitillo, miro por la ventana y vuelvo a verle. Tantos años persiguiéndome. Un acoso que se mantiene insoslayable de la mañana a la noche como si el perseguidor se confundiese con mi sombra. Saber que es él no me importa, pero estar convencido de que esto puede durar toda la vida es terrible. Si al menos no vistiera como yo, si no usara mi gabardina y mi sombrero y abandonase esa costumbre de saludarme con mi propia sonrisa cuando le miro...

Luis Mateo Díez, “Persecución” (en *Los males menores*, 1993)

[36]

“Mamá está en mi cuarto”, le dije a mi hermana. “Dice que quiere hablar contigo, que vayas”. Mi hermana me miró con lástima, aunque también con reproche. “No puede ser”, me contestó. “Mamá está muerta”. “Ya lo sé, pero está ahí. Ven a ver”. “Bueno, está bien. Vamos”. Y atravesamos la pared cogidos de la mano.

Agustín Monsreal, “Ángel de luz” (inédito en 2002)

[38]

Las tazas tienen el asa a la izquierda, pero los tazos la tienen a la derecha. Los cucharos ofrecen una concavidad menor que las cucharas. Las púas de los tenedores son menos afiladas que las de las tenedoras. ¿Qué resultará cuando empiecen a reproducirse? Eso que parecen desvanecimientos del azogue, no son sino los ojuelos con que los espejos nos miran. En el extremo de los brazos de los sillones permanecen disimuladas unas largas garras. Los colchones ocultan los estómagos y los intestinos de las camas. Por ahora, se han alimentado de sueños. Fue comprendiendo poco a poco que los objetos domésticos parecían inertes, pero que estaban al acecho. La noche de fin de año abandonó la casa con toda su investigación. Cuando lo encontraron en la habitación del hotel, el agua rebosante del baño casi había disuelto la tinta de los documentos. Enroscada con fuerza en el cuello, la goma de la ducha parecía una serpiente.

José María Merino, “Acechos cercanos” (en *Días imaginarios*, 2002)

<http://www.elmundo.es/elmundo/2009/11/06/cultura/1257544457.html>

**'La tacita', inédito de José María Merino**

He vertido café en la tacita, he añadido la sacarina, remuevo con la cucharilla y, cuando la saco, observo en la superficie del líquido caliente un pequeño remolino en el que se dispersa en forma elíptica la espuma del edulcorante mientras se disuelve. Me recuerda de tal modo una galaxia que, en los cuatro o cinco segundos que tarda en desaparecer, imagino que lo ha sido de verdad, con sus estrellas y sus planetas. ¿Quién podría saberlo? Me llevo ahora a los labios la tacita y pienso que me voy a beber un agujero negro. Seguro que la duración de nuestros segundos tiene otra escala, pero acaso este universo en el que habitamos esté constituido por diversas gotas de una sustancia en el trance de disolverse en algún fluido antes de que unas gigantescas fauces se lo beban.

**'Sobremesa o fin del mundo', inédito de Eloy Tizón**

Hoy después de comer he retirado el mantel, he lavado los platos, y un día estaré muerto.

**'Sorprender', inédito Ana María Shua**

Los artistas de circo nos preguntamos con desesperación cómo sorprender a los espectadores. Ser perfectos en la tradición no basta. Intentamos, entonces, el exceso en las suertes conocidas: un salto mortal con cinco vueltas en el aire, hacer malabarismos con diez yunques y diez plumas, tragarnos un paraguas, o un poste de alumbrado, sostener una pirámide humana en la cuerda floja, entrar a una jaula con trescientos cincuenta leones y dos tigres, hacer desaparecer para siempre a los enemigos de una persona del público elegida al azar. ¿Cómo sorprender a los espectadores? En los nuevos circos, adornados los viejos trucos con el vestuario, con la coreografía, con las luces, con la cantidad de personas en escena. A medida que envejecemos, el exceso nos cuesta demasiado y ya no somos lo bastante bellos, lo bastante elásticos, lo bastante ingeniosos para formar parte de los nuevos circos. ¿Cómo sorprender a los malditos, a los cínicos espectadores que ya lo han visto todo? En un intento de obtener el espectáculo supremo, nos dejamos morir entre aplausos sobre la arena y no es suficiente, no es suficiente, eso lo hace cualquiera.

**'Ángeles', de Espido Freire**

Apostados cada uno en una esquina de la cama le veían cada noche rezar y dormir. Una vez quisieron mostrarse. El niño rompió a gritar y su madre trató de convencerle de que los monstruos no existían. Ellos bajaron la cabeza, avergonzados, y ocultaron su fealdad tras sus alas.

**'Fantasma', inédito de Patricia Esteban Erlés**

El hombre que amé se ha convertido en fantasma. Me gusta ponerle mucho suavizante, plancharlo al vapor y usarlo como sábana bajera las noches que tengo una cita prometedora.

Si quieres leer más microrrelatos consulta las siguientes direcciones:

<http://elmicrorrelatista.blogspot.com/search/label/Adiv%C3%ADn%20Seraf%C3%ADn>

<http://www.taringa.net/posts/apuntes-y-monografias/4266443/Decalogo-de-como-escribir-un-microrrelato.html> (Decálogo con ejemplos).

1. digresiónn [↑](#footnote-ref-1)